

he propuesto bosquejar. Si os hablo de medicina, sírvame también de excusa el hecho de que esa ciencia se enseñaba en nuestra Universidad literaria. Tuvo en México ilustres representantes. Reduciéndonos á lo que escribieron, mencionaré al Dr. Cristóbal Méndez, que en Jaen (1553) imprimió un libro *Del ejercicio y de sus provechos*: al Dr. Pedrarias de Benavides, autor de unos *Secretos de Chirurgia* (Valladolid, 1567): al Dr. Bravo, que en 1570 empleaba las prensas de Pedro Ocharte para imprimir sus *Opera Medicinalia* (1): al hermano coadjutor Alonso López de Hinojosos, que dió dos ediciones mexicanas de una *Suma y Recopilación de Cirujia* (2): al P. Agustín Farfán, agustino, primer mexicano que imprimió *Tratado de Medicina*, del cual se hicieron cuatro ediciones (3). Dije que no hablaría sino de escritores; pero ¿cómo negar hasta un recuerdo al caritativo médico Pedro López, fundador de los hospitales de S. Juan de Dios y de S. Lázaro, y de la primera casa de Expósitos de nuestra capital?

Médico era también el Dr. Cárdenas; pero sus *Problemas y Secretos maravillosos de las Indias*, salidos de las prensas de Pedro

(1) Misma obra, p. 57.

(2) Misma obra, pp. 230, 233, 407.

(3) 1579, 1592, 1604, 1610. *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, pp. 230, 336.

Ocharte en 1591, son más bien un libro de *Cuestiones naturales* (1). Y si de estas ciencias hay que hablar también, no se debe callar que el célebre Doctor Hernández escribió su gran Historia Natural de la Nueva España de orden de Felipe II, quien envió asimismo al geógrafo Dominguez para que levantara la carta de la nueva tierra, tal vez porque no conoció ó no le contentaron las que trazó el barcelonés Juanoto Durán. El mismo Felipe II mandó formar una estadística completa de sus vastos dominios: obra admirable que ninguna otra nación igualó entonces, y cuya parte americana, de que tengo preciosos originales, es uno de los más importantes documentos para la historia del Nuevo Mundo. Hasta el arte de la guerra halló escritor donde menos podía esperarse: en la Audiencia de México, pues el oidor D. Diego García de Palacio imprimió en casa de Pedro Ocharte, el año de 1583, sus curiosos *Diálogos Militares* (2). La *Instrucción Náutica* del mismo oidor (1587) es una de las autoridades del gran Diccionario de la Real Academia (3).

Un caballero mexicano, Juan Suárez de Peralta, hijo de conquistador, admitido á to-

(1) Descrito en la misma obra, p. 329.

(2) *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, p. 241.

(3) Misma obra, p. 325.

das las fiestas de la nobleza mexicana, alegre, pródigo, aficionadísimo á caballos y á los ejercicios ecuestres, ejercitó también la pluma, y nos dejó un libro que después de dormir tres siglos en los archivos, ha salido á luz en 1878 con el nuevo título de *Noticias históricas de la Nueva España*. No es una historia, sino una relación de sucesos pasados y contemporáneos, escrita con desaliño y poca literatura; pero viva, animada y por demás curiosa é importante. No hay libro que nos dé á conocer como éste, aquella sociedad, y la vida de nuestros antepasados. Testigo presencial de la mayor parte de los sucesos que refiere, da acerca de ellos pormenores que no conocíamos, y la Conjuración del Marqués del Valle recibe gran luz con la relación de Peralta. Trasládóse á España, y dejándose llevar de la corriente de su afición, dió allá á luz su *Tratado de la Caballería de la jineta y brida* (Sevilla 1580), y dejó inédito un curioso *Libro de Albeitería*, al estilo maxicano, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Campo inmenso se abre ya á mi vista con los trabajos lingüísticos é históricos que debemos al siglo XVI. Al llegar los misioneros, halláronse frente á una lengua del todo desconocida para los habitantes del viejo mundo; y conforme adelantaban en sus

apostólicos trabajos descubrían con dolor, que esta tierra donde parecía haber caído con mayor peso la maldición de Babel, estaba llena de lenguas diversas, de todas formas y estructuras, pulidas unas, bárbaras las otras, de las cuales no había intérpretes, ni maestros, ni libros y de las más ni gente culta que las hablara. Bastante era aquel obstáculo para aterrar el ánimo más intrépido; pero no existía para los misioneros cosa en el mundo que pudiera amortiguar el fuego de la caridad en que se abrasaban. Emprendieron gigantesca lucha contra aquel mónstruo de cien cabezas y le vencieron. Hoy el estudio de un grupo de lenguas, tal vez de una sola, levanta á las nubes la fama de un filólogo, que casi siempre encuentra andada en trabajos anteriores gran parte del camino: entonces los misioneros aprendían, ó más bien adivinaban todo desde sus primeros principios; y uno sólo abarcaba cinco ó seis de aquellas lenguas sin analogía, sin filiación común, sin alfabeto conocido, sin nada que facilitase la tarea. Hoy se hacen esos estudios, por la mayor parte, en la tranquilidad y abrigo del gabinete: entónces en los campos, en los bosques, en los caminos, á cielo abierto, en medio de las fatigas del apostolado, del hambre, de la desnudez, de la vigilia.

Los misioneros no emprendían tan graves tareas por alcanzar fama: no comparaban las lenguas, no las trataban de una manera científica, querían ajustarlas todas al cartabón de la latina; pero iban derechos á la utilidad práctica de entenderse con los naturales, y echaban los sólidos cimientos que podrían servir para levantar un magnífico edificio. El grupo lingüístico de nuestra literatura es uno de los que más la honran, y eso que no conocemos sino una parte de él. Incontables son los escritos que permanecieron inéditos, ya por falta de protección para costear los gastos de imprenta, ya por ser traducciones de textos sagrados que no era permitido poner en manos del vulgo. El P. Olmos es un principal ejemplo de la mala suerte que aguardaba á muchos de aquellos escritores. Se cree que supo varios idiomas de los chichimecos, porque anduvo largo tiempo entre ellos, y consta que escribió, sin contar otros libros, gramáticas y vocabularios de las lenguas mexicana, huasteca y totonaca. De tan grandes trabajos solamente ha sobrevivido la Gramática mexicana, que después de rodar durante más de tres siglos por bibliotecas públicas y particulares, al fin ha venido á salvarse, gracias á la bellísima edición que de ella se hizo, no en México, sino en París, el año de 1875. En una histo-

ria de la literatura mexicana reclamarían lugar preferente las noticias y análisis de los libros de lenguas indígenas, tan estimados y estudiados hoy en los países extranjeros: aquí no puedo hacer más que recordar los principales, sin salir de los impresos en México durante el siglo XVI.

Se duda todavía quién fué el primero que escribió en lengua mexicana: es de creerse que no pasaron muchos años sin que los misioneros formasen la doctrina en esa lengua; pero la primera de que hay hasta ahora noticia medianamente cierta es la que en 1539 mandó imprimir el Sr. Zumárraga (1). En 1546 imprimió también á su costa la que escribió el insigne Fr. Alonso de Molina, que vino muy niño á México y recibió aquí educación (2). Dióse al estudio de la lengua, que ya había aprendido en el trato con los indios. Fué el principal maestro é intérprete de los franciscanos, cuyo hábito recibió, y aunque no le faltaron contradicciones, tuvo la fortuna de ver impresa y reimpresa una buena parte de sus obras: dos ó tres *Doctrinas*, dos *Confesonarios* (reimpresos), y el gran *Vocabulario Mexicano*, que después de haberse impreso aquí en 1555 y 1571, ha visto de nuevo la luz pública, en ad-

(1) *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, p. 1.

(2) Misma obra, p. 76.

mirable edición, el año pasado de 1880, en Leipsic (1). El venerable P. Gante imprimió dos ó tres veces su *Doctrina mexicana* (2), y se hallan también las de los padres Fr. Domingo (3) y Fr. Juan de la Anunciación (4); dominico el uno, agustino el otro. Del gran P. Sahagún tenemos la *Psalmodia Christiana*, colección de salmos ó cantares para las fiestas de los indios, hecha con el fin de desterrar los de la antigua idolatría (5). El P. Gaona publicó sus *Coloquios de la paz y tranquilidad del alma*, que al decir de los contemporáneos, se distinguen por la pureza del lenguaje (6). Tenemos asimismo una copiosa colección de *Sermones* mexicanos por Fr. Juan de la Anunciación, agustino (7); y el fecundo escritor franciscano Fr. Juan Bautista comenzó en el último año del siglo, para continuar en los primeros del siguiente, la serie de sus publicaciones mexicanas (8).

De la difícil lengua otomí se creía que no había libro impreso en el siglo XVI, porque nadie le menciona; pero no ha mucho se

[1] *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, pp. 13, 61, 129, 179, 217-223.

[2] Misma obra, pp. 23, 32.

[3] Misma obra, pp. 35, 403.

[4] Misma obra, p. 208.

[5] Misma obra, p. 241.—Dáse allí noticia de la vida y escritos del P. Sahagún.

[6] Misma obra, p. 237.

[7] Misma obra, p. 214.

[8] Misma obra, pp. 349, 353.

halló la *Doctrina* de Fr. Melchor de Vargas, en castellano, mexicano y otomí [1]. Para el idioma tarasco fué Fr. Maturino Gilberti, francés, lo que el P. Molina para el mexicano. Nos ha dejado una *Cartilla*, una *Gramática*, dos *Tesoros espirituales*, diversos, un enorme *Diálogo de Doctrina*, trabajo asombroso, y un *Vocabulario* doble. Escribió además, para el colegio de Tlatelolco, una *Gramática latina*, que he visto impresa [2]. En la misma lengua tarasca imprimió *Arte*, *Diccionario breve* y otras obras Fr. Juan Bautista de Lagunas [3]; y Fr. Juan de Medina nos dió un extenso *Doctrinalis Fidei* [4].

Del misteco no faltaron escritores. Además de dos *Doctrinas* en dos dialectos diferentes, que dió al molde el infatigable misionero Fr. Benito Fernández [5], tenemos la *Gramática* del P. Reyes [6], y el rarísimo *Vocabulario* compilado por Fr. Francisco de Alvarado [7]. No se sabía que hubiese escritor en lengua Chuchona [de la familia del misteco]; pero al fin se halló, en un ata-

[1] *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, p. 211.

[2] Misma obra, pp. 87, 88, 89, 93, 94, 95, 205.

[3] Misma obra, p. 188.

[4] Misma obra, p. 216.—El Dr. N. Nicolás León, de Morelia, halló el tom. 2º de esta obra.

[5] Misma obra, p. 147.

[6] Misma obra, p. 338.

[7] Misma obra, p. 341.

do de papeles viejos destinados á envolver, la *Doctrina* de Fr. Bartolomé Roldán, autor totalmente desconocido [1]. ¡Cuántos otros se hallarán en igual caso! En zapoteco salieron á luz la *Doctrina* del Illmo. Sr. Feria, obispo de Oaxaca [2]; el *Arte y Vocabulario* del P. Córdoba [3]. En huasteco existen las *Doctrinas* de los padres Guevara y Cruz [4]. No quedaron desatendidas las provincias meridionales. A las prensas de México vinieron la *Doctrina Ullateca* del Illmo. Sr. Marroquín, obispo de Guatemala; las gramáticas de varias lenguas de aquella región, compiladas por Fr. Francisco Zepeda [5], y el *Arte y Vocabulario* maya de Fr. Luis de Villalpando [6]. Así es que antes de terminar el siglo había ya impresos libros en ocho ó diez lenguas indígenas, y corrían los cinco vocabularios de mexicano, tarasco, misteco, zapoteco y maya. Después durante casi dos siglos, continuó produciendo frutos el celo religioso, tanto en esas lenguas como en otras muchas; y es un hecho digno de atención que no existe obra de este género cuyo autor no sea eclesiástico.

[1] Misma obra, p. 234.

[2] Misma obra, p. 141.

[3] Misma obra, pp. 223, 228, 406.

[4] Misma obra, pp. 29, 183.

[5] Misma obra, pp. 68, 121, 122.

[6] De estas obras del P. Villalpando no se conoce hoy ejemplar alguno; mas parece indudable que se imprimieron.

Ya os habré fatigado, señores, con esta larga y seca enumeración. Sólo comprende, sin embargo, algunas de las obras impresas en México durante el siglo XVI; y para honor de nuestras prensas sea dicho, no se llevaban entonces á imprimir en España tales obras. Aquí se escribían, aquí había prensas que las multiplicaban; y después, en nuestros tiempos de cultura, no hemos impreso una sola; si algo hemos ganado, de fuera nos ha venido; ya lo habéis visto [1]. Y en los libros de que tratamos no siempre se reduce el fruto á los conocimientos lingüísticos: algunos ayudan aun de otra manera al estudio de la Historia. Hallamos, por ejemplo, en el prólogo del *Arte Misteca* del P. Reyes, varias noticias acerca de las antiguallas de aquella gente: en el *Arte Zapoteca* del P. Córdoba lo único que sabemos del calendario de la nación; y en el *Sermónario Mexicano* de Fr. Juan Bautista [1606], curiosos datos para nuestra primitiva historia literaria. Los *Confesonarios* nos suministran también noticias de cierta importancia relativas á costumbres y supersticiones. Con pena me despido de tan venerables varones sin haberles tributado por entero el

[1] Después de escrito esto ya se han publicado aquí algunas obras en lenguas indígenas.

homenaje de respeto y admiración á que son acreedores. Pero la Historia me llama y deseo concluir, porque os he invitado á escuchar un discurso, no un libro.

Tan pronto como cesó el estruendo de las armas, y comenzó á predicarse el Evangelio, algunos de los misioneros viendo cuánto les importaba para la conversión el conocimiento de las costumbres de los indios, y movidos también de ilustrada curiosidad, se dieron á investigar las antigüedades de la tierra. Hallaron que los aztecas conservaban la memoria de los hechos pasados por medio de cantares y pinturas geroglíficas, de las cuales faltaban ya muchas, por diversas causas. Procuraron que los naturales mostrasen las que existían y formasen otras nuevas con los recuerdos que guardaban, para que diesen la explicación de todas, conforme á la inteligencia transmitida de una en otra generación. Interrogaban también á los ancianos: comparaban los testimonios y sacaban lo que advertían mejor probado, ó de mayor verosimilitud.

Dejando aparte las explicaciones sueltas de pinturas, que todavía se conservan, y entre las cuales es notable la del *Códice* histórico-administrativo que mandó pintar é interpretar el virrey Mendoza, cuyo nombre lleva el primer escritor de cosas de indios

que se nos presenta es el célebre Fr. Toribio de Motolinía, uno de los primeros doce franciscanos: autor verdaderamente original, cuya *Historia de los Indios de Nueva España* encanta por su sencillez y frescura. Exenta de las pesadas digresiones que á menudo afean otros escritos del siglo, nada hay en sus páginas de inútil ó fastidioso. No escribió propiamente la historia antigua de los indios, sino la noticia de su religión y costumbres, para concluir con el relato de la conversión, y la vida del primer prelado franciscano. Era el P. Motolinía gran admirador de las bellezas naturales; por gozar de ellas emprendía penosas jornadas; se complace en la descripción de tierra tan nueva, y entonces salen de su pluma trozos bellísimos. Tal es la obra que por primera vez imprimí completa [1]; pero existe otra inédita todavía, semejante en el conjunto á aquella, aunque con muy notables supresiones y aumentos. La ciencia astronómica de los aztecas y su cosmogonía ocupan buena parte de esa obra inédita, que á juicio de los inteligentes es un monumento histórico de altísima importancia. En mi poder está, y me propongo presentársela impresa antes de mucho.

[1] En el tomo I de la *Colección de documentos para la Historia de México* (1838).

El P. Olmos, tan infatigable misionero como fecundo escritor, recogió asimismo y redujo á cuerpo ordenado narraciones históricas; pero su obra no parece, y sólo tenemos de ella lo que otros autores incorporaron en las suyas. Después de los antiguos misioneros se observa una suspensión en los trabajos históricos, que se renovaron con empeño hacia los años de 1570. El P. Tovar, tezcocano, recogía por orden del virrey Enríquez las pinturas de México, Texcoco y Tula, hacía que los ancianos las interpretásen, y con sus explicaciones formaba la historia antigua de los mexicanos, hace yoco publicada, con el nombre de *Códice Ramírez* (1878), por uno de los que me escuchan (1). El P. Durán, mexicano, y al parecer mestizo, se apoderaba del Códice, le aumentaba considerablemente, y le presentaba de nuevo con el título de *Historia de las Indias de Nueva España*; obra grande, publicada también por primera vez en en nuestros días (1867-1880), conforme á una magnífica copia que vino de España por mi mano. El P. jesuita Acosta, que llegó á México por aquel entonces, aprovechó bien la

(1) El Sr. D. José María Vigil.—Véase mi biografía del Sr. Zumárraga, p. 263, 2.ª foliatura, y *Códice Franciscano*, p. 239.

obra de Tovar para su *Historia Natural y Moral de las Indias*. Un indígena, Tezozomoc, escribía á fines del siglo una *Crónica Mexicana*, tomando también por base el *Códice Ramírez*. Imprimióse tiempo ha en Londres; pero la primera edición mexicana se debe como la del *Códice* á uno de nuestros colegas (1). Otro indígena, Muñoz Camargo, había escrito antes una *Historia* particular de su ciudad de Tlaxcala: nos queda un fragmento considerable de ella, impreso con pobrísima apariencia, y que está pidiendo la nueva edición que se prepara (2). No es del caso hablar de otros trabajos de los indígenas, ya por ser breves, ya por haberse perdido, lo cual nos impide juzgar de su importancia.

Por los años de 1580 aparece un autor capital de cosas de indios: el P. Sahagún, cuyos escritos son una mina inagotable para los estudiosos. Su intimidad con los naturales, á quienes consagró entera su vida, y el amor con que aquellos le pagaban, le permitió alcanzar noticias que á otros se ocultaron. Abarcó todo: historia antigua, leyes, costumbres, religión, ritos, hasta la historia natural y medicinal, tal como los indios la entendían, sin omitir la conquista por los

(1) El mismo Sr. Vigil.

(2) Se ha publicado en 1892.

españoles. Lástima es que ese gran trabajo rechace por su aridez, y esté deslucido por largas digresiones totalmente ajenas al asunto. Acababa el siglo cuando otro religioso franciscano, Fr. Gerónimo de Mendieta, volvía al intento de los antiguos misioneros, y escribía en 1596 su *Historia Eclesiástica Indiana*, publicada por mí en 1870. En ella nos presentó otra vez, con la relación de las antiguas costumbres de los indios la historia de la predicación de la fe. No es la parte menos preciosa de su libro, la que destinó á las vidas de los religiosos de su orden, que le precedieron en su carrera. Poco escrupuloso anduvo en aprovecharse de trabajos anteriores, y en sus páginas se ven algunas trasladadas de Motolinía, de Olmos y de Sahagún. Más extenso, más esmerado, presumiendo más que Motolinía, es autor menos original, aunque digno de todo aprecio. A cada paso descubre su carácter vehemente, que aparece más claro todavía en su correspondencia, de que sólo se ha publicado una carta (1). Por lo demás, lleno de virtudes y de celo en favor de los indios, nos infunde respeto y estimación.

Al comenzar el siglo siguiente aparecen

[1] Después he impreso otras muchas en las *Cartas de Religiosos* (1886), en el *Códice Franciscano* [1889], y en los dos tomos intitulados *Códice Mendieta* [1892].

dos historiadores de fama, nacidos en el anterior: Torquemada, español, é Ixtlilxochitl, tezcocano. Aquel reunió en su voluminosa *Monarquía Indiana* cuanto supo acerca de la historia antigua y de la contemporánea. A manos llenas tomó sin recato, y no sé si á veces con dolo, de los escritos de frailes antiguos: de Mendieta, sobre todo, y por desgracia abultó perjudicialmente su obra con interminables é inoportunas digresiones y moralidades. Nos ha conservado la substancia ó el texto mismo de algo que se ha perdido, y puso mucho de sí propio; pero en todo caso, mejor es ocurrir á lo que hoy tenemos de lo que él disfrutó.

Ixtlilxochitl, descendiente de los reyes de Texcoco, se dedicó á escribir *pro domo sua*, ensalzando las glorias de aquella monarquía. Es evidente la exageración que reina en todas sus páginas, y merece poca confianza. Escribió mucho, volviendo repetidas veces sobre un mismo asunto, de lo cual resulta en sus pesadísimos escritos gran confusión, y un embrollo que á duras penas puede descifrarse. Pomar, su conterráneo, escribió, para las Estadísticas de Felipe II, una *Relación* de Tezcoco, bien estimable, que permanece inédita (1).

(1) La he publicado en el tomo que intitulé *Pomar y Zurita* [1891].



No pueden contarse como historia las *Cartas* del conquistador Cortés, que son, sin embargo, un valioso documento histórico; pero no es posible negar una mención á la incomparable crónica del soldado Bernal Díaz. Tenemos todavía en el siglo XVI la *Historia* de la provincia dominicana de México, primera de las crónicas de las órdenes religiosas, tan importantes para la historia general, y notable entre ellas por el buen desempeño. Su autor, el Illmo. Dávila Padilla, nacido y criado en México, es ejemplo de que no se negaba por sistema á los criollos el adelanto en su carrera, y de que cuando su mérito llegaba á ser conocido, no dejaba de ser premiado. Pasó á Roma y Madrid: fué predicador de Felipe III, y después Arzobispo de Santo Domingo en la Isla Española. Su *Historia* cuenta tres ediciones europeas.

También la historia de España se vió enriquecida por mexicano del siglo XVI. D. Diegó de Villalobos Benavides, hijo del oidor de México, D. Pedro de Villalobos, hizo sus estudios en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. Pasó á Europa, donde siguió la carrera de las armas, y se distinguió peleando, primero en Flandes contra los holandeses, y después, como capitán de caballería, contra los franceses. Al volver

á España para recoger una herencia, fué apresado en el mar por los holandeses, y aunque logró recobrar su libertad, no pudo obtener que se le devolviese el manuscrito de la obra que había trabajado, la cual, por causa de ese contratiempo, se vió obligado á escribir de nuevo, con ayuda de su memoria y de unos apuntes que le quedaron. Llegado á España, publicó esa segunda obra con el título de *Comentarios de lo sucedido en los Países Bajos desde el año de 1594 hasta el de 1598* (Madrid, 1612) (1). Su hijo Simón, nacido en España, fué también escritor, y hay de él cierto tratado de Jurisprudencia.

Ya véis, señores, que en el espacio, relativamente corto, de unos dos tercios de siglo, no faltaron en este pueblo, nuevos escritores de todas materias. Pero babrá llamado, sin duda, vuestra atención el hecho de que muchos de ellos nacieron en España, y así no faltará quien los juzque ajenos á nuestra literatura. Pienso que con buen derecho podemos, desde luego, considerar como propios á los españoles que, llegados niños á esta tierra, aquí crecieron y se formaron: juzgo asimismo que no pueden ser-

(1) Se reimprimió allí mismo en 1876 y forma el tomo VI de los *Libros de Antaño*.

nos extraños los que pensaron y escribieron bajo este cielo: no son, en ningún caso, extranjeros, porque ambos pueblos eran entonces parte de una gran nación. Mas ¿por qué los criollos, dotados de tan vivos ingenios, no dieron todos los frutos que prometían? Diversas causas contribuyeron á ello, y debemos contar por primera, testigo el Dr. Cárdenas, la poca perseverancia en las empresas que los caracterizaba y que todavía nos aflige. La viveza misma del ingenio los inclinaba de preferencia, como hemos dicho, á la poesía, que en lo común no exige largas y laboriosas investigaciones, poco apropiadas á nuestro carácter y á nuestro clima, propicios ambos al entusiasmo pasajero, antes que al trabajo oculto y perseverante. Mas, para ser justos, hemos de reconocer que muchos, venciendo la inclinación natural (y el Dr. Cárdenas también lo dice), emprendían y terminaban estudios penosos: lo que más les faltaba era ánimo para escribir, y no sin causa. En medio de las comodidades que México ofrecía para seguir carrera literaria, no dejaba de presentar obstáculos graves. Busca la generalidad de los hombres notoriedad y fortuna; á ellas conducen de dos modos las letras: alcanzar fama como escritor, sacando de paso honrada ganancia: obtener puestos públicos de hon-

ra y de provecho. En México no era lo primero empresa fácil. Verdad es que no faltaban imprentas, porque tras de la primera vinieron otras; pero la carestía de la mano de obra y la escasez, con la consiguiente alza de precio, del papel, no consentían dar á la prensa sino obras costeadas por poderosos Mecenas, cuando no eran de las pequeñas y usuales con despacho seguro. Solían enviarse á España los manuscritos en busca de imprenta más barata; pero no pocas veces sus autores los perdieron, juntamente con los dineros destinados al gasto de impresión. En todo caso era un arbitrio erizado de dificultades, y había que fiar á cuidado ajeno la corrección del libro. Por otra parte, la naciente literatura mexicana no podía competir con otra asentada y robustecida por los siglos. La nación española había llegado al apogeo de su gloria literaria, y contaba con obras capitales en todas materias, que dejaban poca esperanza de distinguirse en el mismo terreno á los que desde el otro lado de los mares quisieran penetrar en él. Los libros españoles venían en cantidad suficiente, y la situación era muy semejante á la actual: la abundancia y baratura de los libros extranjeros nos quita el deseo y la ocasión de escribir otros. Ni el recurso de las traducciones quedaba,